

Persecución

JOYCE CAROL OATES



Cuando era una niña, Abby tenía una pesadilla recurrente en la que deambulaba por una pradera cubierta de cráneos y huesos humanos. La Abby adulta cree haber dejado atrás sus demonios hasta que, la víspera de su boda, el sueño regresa y la fuerza a afrontar los oscuros secretos de su pasado, que le ha ocultado a su futuro marido, Willem. Al día siguiente —menos de veinticuatro horas después de contraer matrimonio—, Abby es atropellada por un autobús. Mientras su mujer convalece en el hospital, Willem intenta averiguar si su mujer ha sido víctima de un accidente involuntario o, por el contrario, se ha lanzado contra el vehículo de forma premeditada.

En *Persecución*, Joyce Carol Oates demuestra de nuevo por qué es la reina del suspense psicológico.

Para Arthur Vanderbilt.

Joyce Carol Oates cuando se le concedió el Premio
Jerusalén, en 2019.

PRIMERA PARTE

El joven marido

¿Qué ibas pensando cuando pasó? Tienes que acordarte.

Creo que lo sabes. Creo que debes contármelo. Por ti y por mí, tienes que recordarlo y decirlo con franqueza.

En aquel instante. Justo antes de que ocurriera.

Hace falta que volvamos a aquel instante.

Cuando bajaste del autobús. Cuando te quedaste de pie en el bordillo.

Cuando bajaste del bordillo.

Si lo hiciste sin querer o... a propósito.

Tenemos que insistir en eso. Necesitamos saberlo.

Te has perforado un pulmón. Te has roto la clavícula y cinco costillas.

Tienes media docena de pequeñas fisuras en el cráneo. Tu cerebro ha resultado contusionado, lacerado. Hay riesgo de que se formen coágulos.

Según el conductor del autobús, parecías estar «decidiendo algo».

Tenemos que volver a ese instante. Necesitamos saber por qué.

Por qué hiciste lo que hiciste, qué te decías a ti misma en el instante en que ocurrió. Cuando te bajaste del bordillo.

A la mañana siguiente de nuestra boda.

Baile de esqueletos

Esqueleto. Hundiendo el rostro en la almohada, susurra esa (aterradora) palabra, en voz alta (apenas).

No está muy segura de qué significa «esqueleto» exactamente. Aunque (quizá) sí lo sabe.

Es-que-le-to. Esque-leto. Esqueleto.

Una terrible palabra (de adultos) que no debe decirse en voz alta. Una palabra que una niña no debería conocer, y que desde luego no pronunciaría. Una palabra que, cuanto más la pronuncias, más terrible se vuelve. Una palabra que resulta fascinante, como un vapor venenoso que se eleva hacia tus fosas nasales, y que sabes que no deberías inhalar, pero no puedes resistirte a hacerlo.

Es un sueño recurrente que tiene cuando está creciendo. Después de que sus padres desaparezcan. Después de haber vivido con parientes.

Esqueletos. En un lugar cubierto de hierba.

Cuántas veces tiene ese sueño. Prácticamente todas las noches. En los sitios a los que la llevan, con sus cosas embutidas en lo que llaman un *petate*.

Tiembla tanto que le castañetean los dientes.

Sí, en ese sitio nuevo, a veces tiene tanto miedo que moja la cama. Esas palabras pronunciadas en murmullos, «moja la cama», la avergonzarán y atormentarán toda su vida.

No consigue comprender quién, o qué, la obliga a correr por aquel sendero lleno de maleza; la obliga a trastabillar entre la hierba crecida que le lacera las manos, el rostro; la obliga a ver.

¿Creías que podrías olvidarnos? ¿Creías que nosotros íbamos a olvidarte?

Pasó hace mucho tiempo. Si existiera una carretera que te llevara hasta aquella época, habría una interrupción en ella, un trecho desmoronado, de modo que tendrías que bajar a ese socavón en la carretera para poder cruzar al otro lado. Así de lejos quedaba.

El sueño de los esqueletos moraba en ese tiempo remoto.

Cuántas veces había tenido ese sueño, que recorría en oleadas su cuerpo menudo como una corriente eléctrica, que la despertaba al instante.

Temblando de frío, sin aliento suficiente para gritar.

Eras capaz de distinguirlos..., las calaveras.

Cráneos (humanos), no de animales.

Entre la hierba crecida, junto al riachuelo.

No las veías de cerca. No.

Pero... sí llegabas a verlas. Cerrabas los ojos demasiado tarde.

Veías que una calavera era mayor que la otra: esa era la de papá. Y la calavera algo más pequeña era la de mamá.

Entre la hierba crecida, los huesos se hallaban desparrramados de modo que (casi) parecía que estuvieran bailando. Yacían donde habían caído tanto tiempo atrás.

La mañana de la boda

¿Creías que podrías olvidarnos? ¿Creías que nosotros íbamos a olvidarte?

La mañana de su boda, muy temprano, antes de que amanezca, despierta sobresaltada de ese sueño, del sueño de los esqueletos: tenía motivos para creer que lo había dejado atrás al hacerse mayor, pero ahí está de nuevo, muy vívido ante sus ojos.

Está empapada en sudor bajo el camisón de algodón blanco. Será la última vez que use ese camisón (raído, su favorito) con su ribete de puntilla, puesto que es la última vez que duerme sola.

Sí, (todavía) es virgen. Por lo menos eso sí lo tiene.

Exhausta y aturdida, yace boca arriba en un sitio que se le antoja revuelto y lleno de surcos como la tierra, pero que es su cama. Nota la piel irritada como si la hubieran azotado con afiladas hebras de hierba. En el sueño, ha estado corriendo, desesperada y jadeante, aunque la lógica del propio sueño le dice que correr es inútil.

¿Creías que podías huir de nosotros?

Al principio no sabe dónde está ni qué hora es, pues en ese sueño terrible es muy jovencita y, en ese tiempo remoto, está en un sitio distinto.

Esta identidad que con tanto cuidado se ha construido, la de adulta entre los adultos del mundo, es un ser que en el sueño no existe todavía. En el sueño solo aparece su yo de niña, su ser más auténtico y desprotegido, como un cerbatillo recién nacido que ni siquiera desprende aún olor alguno.

Desprotegida como una cría a la que su madre ha abandonado.

Desprotegida como una cría a la que, por pura lástima, han llevado a casa de una tía tras haberla abandonado sus padres.

Al quedarse dormida, había captado que el sueño, el de los esqueletos, era inminente. Pues siempre hay primero una premonición, una sensación de parálisis en los miembros y de aturdimiento en lo hondo de su ser, la sensación de que se avecina algo terrible que no debes mirar, aunque en el sueño te ves obligada a mirarlo porque no tienes elección.

Pero ¿por qué en la víspera de su boda? A qué viene que haya tenido ese viejo sueño de la infancia, tan terrible...

Se encuentra en aquel lugar cubierto de hierba junto al riachuelo. La basura que las tormentas arrastran corriente abajo desborda sus riberas. Escombros y desechos, ramas de árboles rotas, cuerpos momificados de pequeños animales. Los restos de una mochila podrida. Y entre esos objetos, desparramados en la hierba, se hallan los esqueletos.

¿Podría uno saber que esos huesos son humanos? No, no podría.

Ella no lo sabe. ¡No!

Excepto por las calaveras. Casi ocultas por la hierba, no muy lejos una de la otra, esperándola.

La calavera más grande, con sus cuencas oculares y su nariz enormes, muestra los dientes rotos en una mandíbula desencajada, porque había gritado.

La calavera menor tiene las cuencas y la nariz más pequeñas. Esa es la calavera sosegada, la calavera atenta y cautelosa.

Es significativo, a menos que se trate de una pura casualidad, que ambas calaveras hayan acabado boca arriba.

Quien sea que aparece en el sueño no es quien ella es ahora. Ya no.

Ahora es mucho mayor. Tiene veinte años.

¡Está a salvo! Es una adulta.

Si no fuera porque al observar el lecho del riachuelo, y al escuchar con atención, puede oírlas: unas voces, apenas audibles. ¡Veeen! ¡Veeen aquí!

Hay grandes rocas desparramadas, peñascos. Unas, blanqueadas por el sol, se han vuelto de color hueso. Otras son de un gris anodino, plomizo. Algunas están cubiertas de curiosas excrescencias retorcidas, como tumores. Unos cuantos huesos se han abierto paso hasta el lecho del río, donde la corriente los ha arrastrado un poco más allá hasta dejarlos varados en las rocas, como si hubieran tratado de escapar y no lo hubieran conseguido.

Cuánto tiempo atrás debía de haber muerto la carne para tornarse rancia, licuarse y desprenderse de los huesos...

Clavícula. Húmero. Fémur. Tibia. Carpos. Costillas. Esternón...

¿Cómo es que sabe los nombres de esos huesos? Nunca ha cursado la asignatura de biología. No se le dan bien las ciencias.

Su prometido sí conocería los nombres de los huesos. Hizo el curso introductorio para estudiar Medicina en la universidad pública. Aunque acabó por desanimarlo la feroz competitividad en dicho programa, que lo dejaba a la zaga de un tercio de la clase, y sin ganas de hacer trampas, ni siquiera suponiendo que fuera capaz de medirse con la pericia y el descaro de otros alumnos. «A lo mejor no tengo tantísimas ganas de convertirme en médico. ¿Te importa, Abby, no ser la mujer de un doctor?»

Ella se había reído y le había dado un beso. Agradecía tanto que su prometido la quisiera sin saber lo que llevaba enconado en el corazón que le habría perdonado cualquier cosa.

La novia

Una mañana radiante y cegadora de abril, de un año perdido. ¿Lleva casada un solo día?

Para ser exactos, a esta hora de la mañana (las 8.11 h) lleva casada apenas veintiuna horas.

Eso la deja sin aliento de puro asombro, de pura impresión.

«Oh, ¿esto me ha pasado a mí? Estoy casada».

Siente la necesidad de estar sola en el autobús de Raritan Avenue que la llevará hacia el centro de Hammond, y confía en encontrar un asiento al fondo. Quiere contemplar a solas la maravilla que supone ser «una mujer casada».

Porque resulta que, a sus veinte años, tiene un rostro dulce, cándido y pecoso que provoca en los extraños el deseo de hablarle. De sonreírle. «¡Hola! Caramba, pero qué frío hace esta mañana, ¿verdad?» Y ella es demasiado educada para girarles la cara, demasiado tímida para no responder; y eso supondría echar por tierra su deseo de soledad en el autobús.

La primera mañana de su vida de casada es demasiado valiosa. Teme que alguien la importune.

«¿Coge a menudo este autobús, señorita? Me parece haberla visto antes...»

No. No.

«¿Quizá en el cine? ¿Suele ir al cine? ¿Fue este viernes pasado?... Juraría que la vi... Oiga, si la verdad es que tiene aspecto de salir en las películas, como esa chica, cómo es que se llama...»

No. Qué va.

«Solo que usted es más guapa que ella. Y más joven».

Como el filamento en una bombilla, que reluce desde el interior: así es su felicidad por estar casada con un hombre bueno y decente al que ama, y que la adora.

Pero es una felicidad privada. Quiere conservarla entre las manos ahuecadas como una llama, protegerla del viento.

«¿Es eso una alianza de boda? Oye..., ¿estás casada?»

«Perdona si me meto donde no me llaman, pero..., bueno, no pareces lo bastante mayor para ser la esposa de nadie..., ¿eh?»

«No pareces tener más de..., ¿cuántos? ¿Dieciséis?»

Una sonrisita nerviosa. Siempre educada, evita mirarlos a los ojos. Tiene el hábito inconsciente de frotarse la muñeca izquierda.

En torno a la muñeca izquierda tiene una marca roja, como un sarpullido. Como si le hubieran atado esa muñeca, muy prieta, y la cuerda, o el cordel, le hubiera lacerado la piel sensible, dejándola en carne viva aquí y allá.

(De jovencita, aprendes a no ofender a los extraños con tu rechazo. En particular a los hombres. A los extraños, pero tampoco a los jefes. Ni a los profesores, en sus tiempos de estudiante, durante lo que le había parecido una eternidad. Siempre sonriente y cordial, porque eras una chica guapa, sí, pero si dices lo que no toca o no sonrías con la vivacidad que se espera, un hombre puede volverse muy desagradable, y rápidamente).

«Bueno..., ¡que tengas un día estupendo, querida! Esta es mi parada».

Hay dos asientos vacíos al fondo, y tiene la astucia de sentarse en el que da al pasillo, dejando libre el que queda junto a la ventana. De ese modo, nadie va a pretender pasar por encima de sus pies para sentarse ahí. Si alguien quiere sentarse junto a ella, tendrá que pedirle que se mueva, algo que hará (por supuesto), pero con aire distraído como si tuviera la cabeza en otra parte.

No tiene práctica en estar casada, pues no hace ni un día entero que es la señora de Willem Zengler, pero sí la tiene en evitar las miradas de extraños en sitios públicos. Incluso las de mujeres aparentemente cordiales.

—Disculpe, señorita..., ¿está ocupado ese asiento?

Tiene que decir que no, que no está ocupado.

Tiene que moverse hacia la ventanilla. Con una sonrisa tensa, se vuelve hacia fuera y esconde la mano izquierda con la alianza de plata.

—Menudo frío hace esta mañana, ¿verdad? Y menudo viento hacía esperando el maldito autobús...

Finge no oírlo. En el Centro de Servicios Asistenciales del Condado, una se encuentra a personas sordas; algunas son tan solo adolescentes, niños. Lo de tener problemas de audición no es tan raro.

Ella también ha trabajado con ciegos. Gente con problemas de visión.

Se pregunta si habrá una clasificación para la gente con problemas del alma.

La persona que va a su lado continúa hablándole, o hablando en dirección a ella. Es un viejo Elmer Gruñón, el padre de alguien. Habla para sí, quejándose, pero con tono divertido, con la esperanza de que la chica guapa y pecosa que va a su lado oiga algo interesante y responda con una risita, con una coqueta mirada de soslayo.

Ella no ha visto de quién se trata. No está dispuesta a volverse hacia él, ni siquiera con un suspiro de exasperación, aunque el hombre (maldito sea) ha empezado a invadir con su peso, con su mole, el duro plástico de su propio asiento, como quien no quiere la cosa, como si hubiera estado conteniendo el aliento y ahora lo soltase.

Qué lástima que su joven marido, tan alto y guapo, no esté con ella esta mañana. Pegado a ella, cogiéndole la mano. Willem daría la vida entera por protegerla. (Sabe que es así).

Nadie podría sentarse a su lado si Willem estuviera ahí. Nadie podría inmiscuirse en su felicidad privada.

Pero Willem ha cogido otro autobús, hacia otra parte de la ciudad. Willem va de camino a la universidad.

¡Oh, su primera mañana como la señora de Willem Zengler! Su nueva vida.

De momento, los recién casados no tienen suficiente dinero para una luna de miel ni nada que se le parezca. Ambos deben trabajar, y Willem tiene clases. El sábado, a primera hora de la mañana, saldrán con el coche en dirección norte, hacia Lake George, donde se alojarán en una cabaña que les deja un amigo del padre de Willem; el domingo por la noche volverán a casa. Cuando dispongan de un fin de semana de tres días, posiblemente irán a ver las cataratas del Niágara, que quedan a solo cinco horas de distancia.

Pero algún día disfrutarán de una verdadera luna de miel, en algún sitio romántico como Miami Beach o París. Willem se lo ha prometido.

A su lado, el muslo del fornido extraño presiona contra el suyo. A través de las capas de ropa, incluso de su propio abrigo, la presión es insistente.

Ella se encoge. Trata de quitarse de en medio.

Es posible que la mole del hombre no invada su sitio a propósito. Sin duda es simplemente un hombre robusto. Y viejo: lo oye respirar con un resuello asmático.

Quizá su reticencia lo ofende. Su cháchara se ha interrumpido.

Pero la tensión la ha dejado llena de inquietud. Es muy sensible a los cambios de humor de los adultos, en especial de los hombres.

Qué rápido puede cambiar su humor. Puede hacerlo en cuestión de un instante. Los indicios son cierta rigidez en la mandíbula, los músculos del cuello, una repentina inhalación.

Ven aquí. ¿Adónde te has creído que ibas?